

# REIVINDICACION DEL INDIVIDUO Y DE LA VIDA PERSONAL

José María JIMENEZ RUIZ

Madrid

**EL TITULO** de la reflexión que nos proponemos, implica asumir, como punto de partida, el presupuesto de que todo ese sutil entramado que constituye y vertebra la individualidad o la vida personal, está, en nuestros días, amenazado.

Si desde posturas personalistas, se aceptara el supuesto, entonces el discurso reivindicativo sería lógico y coherente. En cualquier caso éste va a constituir el *eje de nuestro trabajo: Creemos que la vida y hasta la identidad personal está seriamente amenazada y nos parece urgente reivindicar la individualidad.*

## I. ESTA EN PELIGRO EL INDIVIDUO...

Podría resultar complicado llegar a imaginar un mundo con más dosis de insensatez que éste en el que vivimos. Da la impresión de que habitamos permanentemente en la paradoja y de que hemos plantado nuestras tiendas en la contradicción. Por una parte nos deslumbra el prodigio de un progreso técnico cuyo horizonte se pierde en el infinito y nos seduce conocer que estamos tocando con las manos la posibilidad teórica de edificar una ciudad que viva en paz y en prosperidad, habitada por hombres conscientes de su libertad y de su dignidad; pero, por otra parte, son tantos los riesgos que acechan esa misma libertad y dignidad, que sólo la fe en creencias profundas y, felizmente, compartidas, acaba alejándonos de la desolación más radical.

### I.1. Dialéctica individuo-Estado, conciencia-poder

Son tan poderosas, efectivamente, las fuerzas impersonales que pretenden dirigir nuestros destinos, tan sofisticados los sistemas de control y de dirección de

conciencias, tan persistentes y omnipresentes las fórmulas de manipulación de colectividades y de individuos, que sólo una actitud de alerta permanente para evitar ser timados y la apuesta, sin reservas, por una forma de vida que merezca la pena ser vivida haciendo real el imperativo kantiano de que todo hombre sea tomado como fin y nunca como medio, nos podrá liberar del torbellino de la idiotez, del riesgo a la despersonalización, del temor a que nuestra conciencia sea definitivamente anulada. Porque entendemos que *entre todos los graves problemas de la cotidianidad* junto a los que la existencia humana se vive y se desvive, *ninguno tan grave, ninguno tan duro como ese acoso permanente al que la conciencia personal está sometida.*

En realidad, la lucha del ser humano por defender la autonomía de su conciencia y con ella su identidad como persona frente a las diversas clases de poderes que han pretendido su anulación, es tan antigua como su propia historia. Ya en el siglo V, Sófocles explicitaba con trazos magníficos, en su *Antígona*, esa incómoda tensión que ha acabado convirtiendo en mártires, religiosos o laicos, a ejércitos de hombres de todos los tiempos.

Convendrá reconocer, no obstante, que los conflictos se han agudizado en nuestros días, porque en la misma medida en que el poder, con sus múltiples rostros (político, técnico; económico), se está haciendo cada vez más “poderoso” y omnipresente, exigiendo, como acertadamente indica *González de Cardedal*, confianza absoluta y adhesión total, *la conciencia humana encuentra más dificultades para conservar pequeñas parcelas de intimidad y de libertad.* Efectivamente, “racionalidad técnica y ejercicio político ya funcionan como superestructuras al margen de las personas a las que se ordenan y al margen también de las personas que dirigen esa racionalidad y controlan ese ejercicio. La lógica interna de los sistemas puestos en marcha es objetiva, apersonal, despiadada. *Lo que está puesto en cuestión (el subrayado es mío) es el hombre como persona, con su conciencia y su destino, su gracia y su desgracia interminables*”<sup>1</sup>.

Tal vez, por eso, nos aproximáramos bastante a la realidad, si cayéramos en la cuenta de que uno de los problemas fundamentales de nuestra época es el acrecentamiento del poder frente al individuo que, a su lado, parece cada vez más insignificante, y la acumulación de ese mismo poder en pocas manos, con lo que eso puede suponer de riesgo difícilmente controlable. Neutralizar esos riesgos es ya una de las más urgentes tareas humanas. Porque, en nuestros días, el poder está ahí, omnipresente y omnipotente, descarado o enmascarado —mucho más peligroso en este caso—, nada metafísico, ni misterioso, como recuerda *Fernando Savater*, sino sencillamente, la capacidad que tienen determinadas personas, grupos ideológicos o instituciones de diversa índole para marcar lo que ha de ser o no ha de ser la vida de otras personas, para diseñar el futuro, para decidir los criterios morales y hasta para acabar dictando la ortodoxia desde la que se debe interpretar el presente y el pasado.

<sup>1</sup> González de Cardedal, O., *El poder y la conciencia*, Ed. Espasa-Calpe, Col. Espasa-Mañana, Madrid, 1984, p. 16.

*El poder, toda estructura de poder, es peligroso en la medida en que sucumbe —y lo hace con reiterada frecuencia— a la tentación de introyectarse en las conciencias individuales tratando de sustituirlas, de anularlas; es peligroso cuando quien lo detenta no lo equilibra permanentemente con el desarrollo de su fuerza espiritual y moral.*

En este contexto dialéctico de relación individuo-poder bueno será reconocer que el Estado se ha convertido en paradigma de estructura que persigue con constancia la “domesticación” del individuo. Ya en los años 20 escribía D. José Ortega y Gasset: “Este es el mayor peligro que hoy amenaza a la civilización; la estatificación de la vida, el intervencionismo del Estado, la absorción de toda espontaneidad social por parte del Estado; es decir, la anulación de la espontaneidad histórica que, en definitiva, sostiene, nutre y empuja los destinos humanos”<sup>2</sup>.

Efectivamente, presentándose como Providencia bien intencionada, promete ocuparse de nuestra salud, de nuestra educación, de nuestro bienestar... Incluso acaba sugiriéndonos la poca utilidad de que pensemos, ofreciéndonos también como el mejor y más eficaz “productor” de pensamiento y hasta como el más cualificado experto en temas de moral y de conducta humana. *Al Estado no le interesan las personas; quiere, eso sí, contar con ciudadanos.* Hacer esta afirmación no es recurrir al tópico, es levantar acta de que el paradigma político-social en el que nos movemos conduce irremediabilmente a la “funcionalización” de la persona: se buscan buenos ciudadanos (*bien integrados*), o buenos técnicos, o buenos burócratas... importa menos, incluso puede ser peligroso que aparezcan en el horizonte personas maduras, críticas, en las que corra parejo el desarrollo intelectual con la madurez afectiva y el aprecio por las virtudes morales. Surge espontáneo el recuerdo de aquella madre espartana de la que nos habla *Rousseau*: Tenía cinco hijos en el frente y esperaba noticias del desarrollo de la batalla. Llegó un mensajero y ella, naturalmente, le interrogó, llena de expectación. “Vuestros cinco hijos —le dijo el esclavo— han muerto”. “Miserable, ¿te he preguntado yo esto?”. “Hemos conseguido la victoria”... Y aquella madre corrió al templo y dio gracias a los dioses... He aquí el modelo de una buena, de una magnífica ciudadana, acreedora, sin duda alguna, a la más alta medalla del mérito civil, tan perfectamente integrada como miserablemente castrada en los aspectos más fundamentales de su realidad como ser humano...

## 1.2. La amenaza manipuladora

Para llevar a cabo la aventura despersonalizadora cuentan hoy, los diversos poderes, con sofisticados medios técnicos, de una fuerza persuasiva tan sutil, como difícilmente resistible. Reduciendo a los hombres a la categoría de meros consumidores, mercaderes sin escrúpulos, introducen modas, gustos, cambian

<sup>2</sup> Ortega y Gasset, J., *La rebelión de las masas*, Ed. Espasa-Calpe, 3.ª edición, Madrid, 1980, pp. 148 ss.

unos valores por otros sin más acrisolamiento que la propia conveniencia. Deciden por la mayoría lo que ésta debe vestir por dentro y por fuera. Y lo hacen con tan virtuosa inteligencia que acaban convenciéndole de que nunca, como ahora, había alcanzado cuotas tan altas de libertad.

El dominio al que las gentes son sometidas es tan brutal que cada vez resulta más difícil encontrar parcelas en las que escuchen “yo quiero” contaminados sólo hasta el nivel que la condición humana, limitada y situada, haría aceptable. Pero como ha sido adormecida la conciencia de manipulación, asistimos al espectáculo bochornoso de colectividades idiotizadas sin más horizonte que un consumismo desaforado, exhibicionistas nada modestos de una pretendida libertad, tras la que se esconde la inconsistencia más dramática y el más humillante de los servilismos. Era más cómoda la defensa cuando la manipulación del hombre se realizaba de forma más brutal, porque, entonces, provocaba inmediatamente la repulsa.

Y es que *no es la conducta externa del hombre lo que está seriamente cuestionada*. No es lo más peligroso creerse “vestido como uno es” aunque no caiga en la cuenta de que la ropa y el gusto se lo han decidido otros; es, sin duda, más problemática la renuncia inconsciente a los más altos valores personales y a las más profundas creencias, más preocupante el abandono de la búsqueda de la verdad para acabar mendigando refugio en el anonimato de la opinión que, ni siquiera, es “mi opinión”, sino la simple Opinión, porque como dice *Paul Tillich*, “la pasión de la verdad es acallada por medio de respuestas que tienen el peso de una autoridad discutida”; es más trágico que las normas de comportamiento y las pautas de conducta acaben siendo impuestas a la conciencia desde instancias que dejan de ser humanas cuando escapan al control y al juicio de esa misma conciencia.

### I.3. Vidas que han perdido el sentido...

Siendo las cosas así, no debería sorprendernos encontrar tantas gentes que, poseyendo una educación técnica importante, disfrutando de todo el confort material que ellos pueden desear y que esta sociedad supertecnificada de finales del siglo XX les puede ofrecer, soportan, sin embargo, el peso de una vida semiapagada, sin horizontes, sin comprender apenas nada, pero sintiendo en el hondón de su alma un vacío acongojante que no acaban de llenar ni las mejores comidas y los vinos más exquisitos, ni los coches más ultramodernos y los electrodomésticos más complejos.

*Es un vacío existencial que, como señala Victor Frankl<sup>3</sup>, constituye uno de los fenómenos más significativos del siglo XX: El hombre carece de la seguridad del animal frente al medio; carece de instintos que le marquen definitivamente lo que*

<sup>3</sup> Conf. Frankl, V., *El hombre en busca de sentido*. Ed. Herder, Barcelona, 1987, pp. 105 ss.

ha de hacer y carece, también de tradiciones que le indiquen cómo debe comportarse. Nada puede extrañar que, sistemáticamente presionado desde tantas y tan diversas instancias, acabe renunciando a esa especie de lucha agónica por encontrar su propio camino y, asumiendo la actitud del conformista, desee hacer lo que otros hacen, o se someta, sin resistencia ninguna, a lo que otros quieren que haga. En cualquier caso muchos hombres acaban experimentando la dolorosa vivencia de que su vida personal deja de ser significativa, de que la propia identidad está cuestionada, aunque traten de ocultarlo tras una desmesurada voluntad de poder, o de la más insaciable ambición de dinero o de la búsqueda más desesperada del placer por el placer.

## II. PERO NOSOTROS CREEMOS EN EL HOMBRE...

¿Será necesario explicar que la descripción de panorama tan poco estimulante no es confesión de derrota, sino de fe profunda en el valor y en la realidad misma de la persona humana? Si describimos con trazos oscuros la situación de indefensión en que con respecto a tantas fuerzas sin escrúpulos, se encuentra hoy el ciudadano en un mundo dominado por técnicas despiadadas, deshumanizadas y deshumanizadoras, que pueden acabar haciendo real la terrible profecía orwelliana de un control absoluto de las conciencias, es porque *nos resistimos a aceptar la chata realidad que nos invita al conformismo, al sometimiento, a aceptar que las cosas son así y así deben seguir siendo.*

En el momento presente se hace preciso denunciar peligros y señalar riesgos. Pero el testigo que cuenta lo que ve debiera rechazar el temor a la acusación de pesimismo. Nosotros así lo hacemos expresamente. En nada coincidimos con la amargura kierkegaardiana que sostenía, también en pleno clima de progreso científico, que "la raza humana se va haciendo cada vez más insignificante a medida que pasan los siglos".

### II.1. Es posible el cambio...

No podemos asumir la desesperanza fundamentalmente porque creemos que el hombre, superando las innumerables asechanzas que le rodean, tiene la posibilidad de dar respuesta positiva a la permanente vocación de ser plenamente humano, creador de su propia historia, solidario, responsable... libre.

Fundamentalmente porque, asumiendo el análisis de *E. Fromm*, creemos que no existe, hoy en día, fracaso más estrepitoso, ni tristeza más honda que comprobar cómo multitudes desorientadas mueren antes de haber llegado a nacer, y estamos dispuestos a colaborar para que cada persona descubra, primero, y rescate, después, el protagonismo de que ha sido expoliado; que cada persona deje de ser observador pasivo del desarrollo de su propia vida y se convierta en participante activo, en protagonista de su propia transformación.

Porque, en última instancia, los graves problemas que abruman a nuestro mundo y que se expresan a diario en fórmulas de violencia, de sexo, de explotación, desesperanza... son, en definitiva, problemas de individuos; problemas de seres humanos que han sido despojados de lo que Machado llamaba "lo esencial humano". Y al confesar nuestra fe en el individuo creemos, al mismo tiempo, estar haciendo pública la convicción de que es posible hacer cambiar el curso del mundo y sacando a luz una esperanza que vale la pena mantener y por la que es preciso vivir.

Todavía es posible el cambio en el sistema de valores porque existen muchas personas que ya han operado en ellas mismas la más espléndida y convencida de las transformaciones personales<sup>4</sup>. Porque *existen ya nuevos individuos que respiran aires distintos y luchan por victorias diferentes*. Personas que renunciaron a vivir permanentemente en la competencia que, a un mismo tiempo, es servil sometimiento al sistema, y trabajan ya en voluntariados que atienden al hombre concreto y sus problemas, personas fuertemente llamadas a la solidaridad que han de ir fermentando sociedades civiles cada vez más humanizadas y más autónomas frente a un Estado o frente a otros grupos cerrados de poder que, progresivamente, en la medida en que los nuevos hombres avancen, irán encontrando más dificultades para dictarlo todo.

Quizá hasta pueda parecer un reto temerario, pero sería ya hora de desafiar todo el proceso deshumanizador y despersonalizador que busca privar a la vida humana de su dimensión más trascendente, de su riqueza más profunda, inoculando en el alma los gérmenes de la más peligrosa insensibilidad que parece exigir, en contrapartida, la necesidad de instalarse en el horror, en la corrupción o en la violencia para poder sentir que se está vivo. Y resultará posible acabar asumiendo esa actitud valiente si fuéramos capaces de desterrar de nuestras conciencias el sentimiento paralizador de la soledad. No es verdad que estemos solos; por el contrario, y como ya ha señalado, con acierto, *M. Ferguson*, quizá *ha comenzado a cumplirse la profecía de Edward Carpenter que anunciaba la llegada de tiempos nuevos en los que grandes cantidades de hombres acabarán alzándose en contra del conformismo esterilizante e irreflexivo, de la burocracia cosificadora, de la guerra por intereses, del trabajo deshumanizador...*

Esta es la gran revolución en la que creemos. Y no se trata de una creencia inconsistente porque, como ya insinuábamos, existen muchos hombres que están recuperando la conciencia de su propia identidad, el orgullo por su vocación personal y hasta la sencillez en el compromiso por los demás. Personas que están redescubriendo el sentido del ser, el sentido del deber ser, el sentido del amor, el sentido de la propia dignidad, el sentido de la libertad, el sentido de que su existencia sólo adquiere categoría humana cuando se convierte en coexistencia...

<sup>4</sup> Conf. Ferguson, M., *La conspiración acuario*. Ed. Kairós, Barcelona, 1985.

### II.1.1. Rescatar el sentido del ser

Hacer una reivindicación del individuo y de su vida personal implica, en primer lugar, buscar la recuperación del *sentido del ser*, oculto, diluido o, aún, anulado ante la fascinación del tener.

Frente a las estructuras frías, los sistemas inhumanos o los estados anónimos de opinión que acaban valorando a los hombres en función de lo que éstos tienen, *urge recuperar el sentido del ser*. Porque lo trágico de esa curiosa evaluación es que son muchos los que aceptan como bueno el criterio y acaban por asumir el fracaso de una existencia en la que la fortuna o los valores más aparienciales apenas si están presentes.

Olvidan que sólo se posee auténticamente “lo que se es”; “lo que se tiene” es siempre algo adjetivo, coyuntural, perecible. Es además algo peligroso ante lo que hay que mantener el espíritu alerta para impedirle que acabe invadiendo el ser. *El tener es, por naturaleza, expansionista, acaparador, enajenante. Marx lo expresa con rotundidad: “Cuanto menos es el individuo y cuanto menos expresa su vida, tanto más tiene y más enajenada es su vida”.*

*El ser*, por el contrario, recapitula y concentra toda la realidad de nuestra existencia, *denota nuestra más profunda autenticidad, nuestra identidad como seres humanos, aquello que nos distingue de los demás y marca el sentido de nuestra individualidad*. Es una forma privilegiada de existencia que sólo aparece cuando se ha abandonado la falsa seguridad que proporciona “lo que se tiene”. “Sólo en el grado en que abandonamos el modo de tener que es el de no ser (o sea, que dejamos de buscar la seguridad y la identidad aferrándonos a lo que tenemos, ‘echándonos’ sobre ello, aferrándonos a nuestro ego y a nuestras posesiones) puede surgir el modo de ser. Para ser se requiere renunciar al egocentrismo y al egoísmo, o en palabras que a menudo usan los místicos: debemos ‘vaciarlos’ y volvernos ‘pobres’.

Pero la mayoría encuentra demasiado difícil renunciar a la orientación del tener; todo intento de hacerlo les produce una inmensa angustia, y sienten que renunciar a toda seguridad es como si los arrojaran al océano y no supieran nadar. No saben que cuando renuncian al apoyo de las propiedades pueden empezar a usar sus fuerzas y a caminar por sí mismos”<sup>5</sup>.

Abandonar el “paradigma del tener” para abrazar el del ser es, hoy, una tarea urgente, uno de los desafíos más serios al que vale la pena dar respuesta cumplida y, desde luego, la única vía para que el individuo recupere su identidad y reencuentre su vida personal.

<sup>5</sup> Fromm, E., *¿Tener o ser?*, Ed. FCE, Madrid, 1985, p. 92.

### II.1.2. Recuperar el sentido del deber-ser

Si se nos concediera que no hay individuo donde no existe proyecto personal, tensión hacia el futuro, capacidad de cambio, incomodidad frente a la domesticada y anónima instalación en el aquí y en el ahora, podríamos justificar, en buena lógica, que *sólo cuando se ha recuperado el sentido del deber-ser, se ha recuperado el individuo.*

Recuperar el sentido del deber-ser es rebelarse frente a tanto mensaje conformista, adormecedor, que trata de justificar la realidad por el simple hecho de su existencia.

La persona redescubre el sentido del deber-ser al caer en la cuenta de que su mundo no es el mejor de los mundos posibles y, al entenderlo así, siente la urgencia del compromiso y la responsabilidad de su propia contribución en la mejora del entorno; cuando se hace consciente de que ella misma está en proceso de transformación, que le es posible el cambio; cuando rechaza los miedos que la ligan a la rutina de un vivir mortecino y se entrega a la aventura apasionante de su propio crecimiento personal.

Cuando el hombre cree y siente esto en profundidad, está aproximando el ser al deber-ser; está, aún sin ser consciente de ello, provocando el cambio. Porque sólo lo que sentimos en profundidad tiene posibilidades de facilitar la modificación de cuanto nos rodea y nuestra propia transformación. Únicamente con argumentos racionales es difícil vencer las resistencias de tantos miedos irracionales, de tanta presión y de tanto condicionamiento que parecen lastrar nuestra capacidad de movimiento y ligarnos fatalmente a unos órdenes de realidad social y personal que, aún llenando de insatisfacción y de vacío la propia vida, acaban siendo asumidos como coordenadas determinantes de nuestro paso por el mundo.

Rescatar el sentido del deber-ser es aceptar que la vida posee una incuestionable dimensión ética desde la que se nos urge permanentemente no a la instalación "en lo que pasa", sino a la búsqueda de "lo que debe pasar"; no a la acomodación con lo que ya es, sino al compromiso con lo que las cosas y nosotros mismos podremos llegar a ser. Quienes buscan con pasión ya están dando a su vida una auténtica dimensión ética. Y no sería bueno olvidar que el gozo de buscar supera siempre al de poseer. *D. Antonio Machado* lo había experimentado en su propia vida. Por eso recordaba con entusiasmo que siempre le parecía preferible el camino a la posada...

Recuperar el sentido del deber-ser, es dar cabida en la propia existencia a la utopía; conociendo, eso sí, que sólo los "utópicos", los "héroes", los inconformistas tienen capacidad de alzarse como modelos de un estilo nuevo de vida personal, en la que la exigencia y la virtud no aparecen como resultado de una coacción externa, sino como producto de la propia plenitud personal. Al hacerlo así están sembrando las únicas semillas con capacidad transformadora de la realidad.



### II.1.3. Recuperar el sentido del amor

*Reivindicar el individuo es rescatar el sentido del amor desde el convencimiento de que no existe terreno más propicio que ése para que se nos revele el secreto de la vida personal*<sup>6</sup>.

En el corazón de nuestra cultura burguesa y consumista se ha marchitado la planta del amor. Se compra y se vende como si de una mercancía se tratara y, justamente, porque aparece como algo que se posee, se escurre entre las manos como agua en cesto de mimbre. "Se tienen amores" como se tiene un coche, o un frigorífico o un ordenador. Pero como todas las cosas que se poseen acaban convirtiéndose en impersonales compañeros de lecho que tienen ruedas o mandos, o, en su caso, rostros y cuerpos, pero que no aportan calor al alma, ni vida a la vida.

Se habla de amor haciendo referencia a ojos que se miran sin verse, a manos que se rozan sin sentirse, a corazones que laten al mismo ritmo, sin compartir, por ello, sentimientos ni afanes. Nada sorprendente, pues, encontrar tantas gentes que, cantando bulliciosamente los gozos del amor, están muriendo precisamente... de soledad.

*Redescubrir el sentido del amor es situarse en una dimensión nueva. Es afirmarlo como comunión con la persona amada, como entrega, como donación; es entenderlo no como tendencia momentánea hacia una apariencia, sino como actitud de proximidad al ser de la persona amada.*

La vivencia del amor aparece en la vida humana como un don y un misterio y cuanto más se profundiza en ese modo privilegiado de relación, el conocimiento y la estima se acrecientan haciendo desaparecer las barreras diferenciadoras. El ser amado se convierte en un "tú para mí", mientras que el amante es un "yo para él".

El enamoramiento produce, según *J. Marías*, una verdadera variación ontológica. Al mirarse a sí mismo como proyecto vital, el enamorado se descubre inexorablemente envuelto en la otra persona; no se trata, simplemente, de que se proyecte hacia ella, sino que se proyecta con ella y la siente como inseparable de él. Sin ella, deja de ser quien es<sup>7</sup>.

Dentro de esa dinámica relacional surge espontáneamente una atmósfera de confianza mutua, de una fe que llena y anima el espacio que se despliega entre el yo y el tú; se capta la llamada que llega del tú como un regalo del tú mismo. Y frente a ese tú que al llamarme se me revela y se me entrega, surge, a su vez, el yo como don y como regalo. *Es en este terreno en el que se realiza la persona; en el terreno de la llamada y de la respuesta, en el terreno de la entrega y de la aceptación mutua.*

<sup>6</sup> Conf. Ebner, F., *Las palabras y las realidades espirituales*, Ed. Herder, Viena, 1952.

<sup>7</sup> Conf. Marías, J., *Antropología metafísica*, Ed. Alianza, Madrid, 1983.

*Precisamente por esto, reivindicar el individuo es reivindicar un nuevo sentido para el amor. Porque la persona se hace consciente de sí, se convierte en yo, sólo cuando hay un tú enfrente; adquiere conciencia de sí mismo justamente en el momento que comprende que existe para un tú. Únicamente existe el yo en relación con el tú. Como bien repite M. Buber la palabra fundamental es "yo-tú", y no únicamente yo. "Una de las palabras primordiales es el par de vocablos 'yo-tú' (...) Cuando se dice tú, se dice, al mismo tiempo, el yo del par verbal 'Yo-tú' "*<sup>8</sup>.

En definitiva, creemos que sólo a través de un planteamiento personalista del amor, logran los individuos liberarse de un universo absolutamente impersonal, para recobrar la conciencia de su propia identidad y sólo en esa conciencia de identidad personal puede el ser humano hallar el camino de su felicidad y la vía que conduce a la propia autorrealización.

*Reivindicar el individuo y la vida personal exige recuperar el sentido del amor como ámbito privilegiado en el que surge, crece y alcanza su plenitud cualquier ser humano.*

#### II.1.4. Redescubrir el sentido de la propia dignidad

*Reivindicar el individuo es comprometerse en la tarea de que éste recupere el sentido profundo de su propia dignidad... El ser humano accede a la vivencia de su dignidad cuando se siente valorado con independencia de las múltiples limitaciones entre las que se sitúa, entre las que crece y vive. Valioso por sí mismo, digno por su propia originalidad por su condición de irrepetible y único... Consciente de que el dicho estimulante de Walt Whitmann "Toda la teoría del Universo está dirigida infaliblemente a un solo individuo, y ése eres tú", no es resultado apetecible de un sueño inconsistente, sino producto de un convencimiento profundo que ha ligado invariablemente la reflexión ética de los hombres de todos los tiempos.*

La categoría "dignidad humana" es el cimiento sólido en el que tratan de apoyarse todos los sistemas morales que se fundamenten en la autonomía de la razón. El valor de todo lo humano pasa a ser uno de los enunciados tópicos asumido por cualquier planteamiento ético. Kant entendía que la bondad o maldad humana radica en la actitud de respeto o de indiferencia con respecto al ser humano. ¿Dónde, en efecto, encontrar una valoración más radical del hombre que en la segunda formulación del imperativo categórico, "Obra de tal modo que la humanidad, tanto en tu persona, como en la persona de cualquier otro, siempre como fin y nunca como medio"?

Afirmar la dignidad humana es *sostener el valor absoluto e incondicional de cada hombre*. Aquello que, con palabras sencillas, decía Antonio Machado, después de haberlo aprendido, en las tierras altas de Castilla: "Nadie es más que

<sup>8</sup> Conf. Buber, M., "Yo-tú", Ed Nueva Visión, Buenos Aires, 1974.

nadie y por mucho que valga un hombre, nunca tendrá valor más alto que el valor de ser hombre"; aquello que, con la simpleza del sabio, contestaba *Sancho Panza a D. Quijote*: "No se preocupe, vuesa merced. Que me vistan como quieran. Que de cualquier manera que vaya vestido, siempre seré Sancho Panza"; aquello que, en formulación más profunda, sostiene *K. Rhaner*: "El hombre es persona que consciente y libremente se posee. Por tanto, está objetivamente referido a sí mismo, y por ello no tiene ontológicamente el carácter de medio, sino de fin (...) Por todo ello posee un valor absoluto y, por tanto, una dignidad absoluta. Lo que nosotros consideramos vigencia absoluta e incondicional de los valores morales, se basa, fundamentalmente, en el valor absoluto y en la dignidad absoluta de la persona espiritual y libre".

¿Es hoy posible reivindicar el individuo sin clamar en defensa de su permanentemente amenazada dignidad? Comprometerse explícitamente en defensa de la dignidad humana es, en la actualidad, tan urgente como estimulante, tan difícil como esperanzador: El hombre del mañana que encarna positivamente el sentido auténtico de la dignidad humana es la razón de nuestro compromiso y de nuestra lucha.

### II.1.5. Recuperar el sentido de la propia libertad

El problema de la libertad y su vivencia misma constituye uno de los lugares comunes más estimulantes y más persistentes en la historia de la reflexión filosófica. Estimulante porque, paradójicamente, la demanda de solución alcanza el mismo nivel de urgencia que de dificultad en hallar una que se pretenda definitiva; constante porque, con formulaciones distintas, constituye una preocupación común para los hombres de las distintas épocas. *Dando la razón a Kant podríamos afirmar que la libertad constituye la gran definición del "hombre noumenal"*. La libertad es la nota diferenciadora del hombre, lo que, al distinguirlo de los demás seres de la naturaleza, sometidos fatalmente a leyes que escapan a su control, le convierte en un ser histórico, capaz de asumir el pasado y proyectar el futuro, en un ser conflictivo, en un ser capaz de interrogarse sobre sí mismo, capaz de cuestionarse su propia naturaleza y diseñar las pautas de su propio comportamiento.

Si esto es así, *no podemos reivindicar la suerte del individuo, sin tratar de rescatar, para él, el sentido más hondo de la libertad humana. Precisamente porque no hay individuo si no hay libertad.*

Pero, ¿cuál es ese sentido profundo de la libertad? No podemos negar que estamos ante uno de los conceptos que más pasión despierta en el corazón de los hombres, pero también que más sistemáticamente es vaciado de su auténtico significado.

Habrá que comenzar por descubrir que son muchos los intereses que tratan de transmitir la idea peregrina, insidiosa, de que la libertad aumenta al mismo ritmo

al que se flexibilizan los horarios, o se ensancha el abanico de los comercios donde poder comprar, las salas de juego donde poder entrar, o crece la capacidad de desvinculación con respecto a valores que vertebran la propia identidad.

Precisamente porque reconocemos estos intentos, acabamos comprendiendo que jamás hasta ahora habían tenido los hombres tantas posibilidades de hacer y escoger cosas y, al mismo tiempo, tanto riesgo de enajenar definitivamente su libertad. Y de enajenarla de la forma más miserable: sin ser consciente de ello.

Frente a esa pobreza interpretativa del sentido de la libertad que supondría situarla en el ámbito de la simple acción, los "nuevos conspiradores" tratan de ir mucho más lejos e interpretarla como autonomía frente al determinismo natural que liga fatalmente a todas las demás especies a su medio, como autonomía frente a la fuerza anárquica de los instintos que, siendo fundamentales en el hombre, no lo son tanto hasta el extremo de constituir, como en el animal, la única referencia de su comportamiento; autonomía de la conciencia frente al poder que exige permanentemente adhesiones incondicionales y acríticas, autonomía frente a la militancia de los grandes "mass media" que invaden impudicamente los ámbitos más privados trasmitiendo mensajes homogeneizadores de gustos y de valores que parecen perseguir como objetivo definitivo la domesticación de multitudes de individuos indefensos.

Estamos pensando en la *libertad del hombre autónomo*: del hombre que se posee a sí mismo. Y se posee a sí mismo *para la entrega, para la solidaridad, para la generosidad*, porque, como tan acertadamente dice Mounier "sólo se posee aquello que se da, o mejor aún, sólo se posee aquello a que uno se da".

Estamos pensando en un tipo de libertad que tiene mucho de exigencia y de tarea: el hombre posee la capacidad de conquistar su propia libertad, la exigencia de obrar libremente y el reto de ensanchar, día a día, la parcela de la libertad.

*Crear en el hombre, reivindicar el individuo, afirmar la vida personal, es asumir un compromiso decidido en defensa de la libertad.*

### II.1.6. Recuperar el sentido de "coexistencia"

Llegados a este punto podríamos argumentar si tanta denuncia de peligros que amenazan la vida personal, si, en contrapartida, tanto reivindicar la individualidad, no acabará implicando la trampa de un individualismo esterilizante, poco atento a un entorno que, por más que pueda resultar amenazante, es a la postre, condición necesaria de nuestro modo de ser en el mundo. Si así fuera, nuestro fracaso no podría ser más estrepitoso.

El deseo elemental, casi inconsciente, de una solidaridad que supere las divisiones artificiales, las ideologías comunitarias y los ensayos de fórmulas de compartición de la vida, han sido, en los últimos tiempos, reacciones naturales

frente a un individualismo que, al dejar expuesto al hombre a la soledad más total, le atemoriza y le esteriliza.

*Defender, pues, el individuo, nada tiene que ver con resucitar viejos individualismos; reivindicar la vida personal, no es predicar insolidaridad...* Creemos posible, por el contrario, una postura de equilibrio que guarde equidistancia entre el individualismo insolidario y esa especie de "socialización de las conciencias", cuyo objetivo último podría muy bien ser la disolución de cada individuo en un "se dice", "se piensa", "se hace", "se lleva"... anónimo, tan alejado del "yo individual", orgulloso de su propia identidad, como del "nosotros", creador y solidario, residencia natural de los "yos" personales.

Por otra parte, sólo nos parece posible la existencia de sociedades vivas en la medida en que existan individuos vivos.

Una sociedad puede sufrir muchas crisis, experimentar múltiples cambios y padecer graves enfermedades. Pero el cáncer más peligroso, la enfermedad terminal e irreversible es, sin duda alguna, la carencia de individuos vivos, la ausencia de elementos críticos, la inexistencia de hombres lúcidos capaces de convertirse en estímulo y motor de transformaciones profundas. Ya decía *Toymbee* que las sociedades y hasta las civilizaciones no declinan a causa de las invasiones, o de fuerzas externas adversas, sino sencillamente a causa del empobrecimiento interior de los propios individuos y de las propias ideas.

Por eso creemos que reivindicar al individuo es defender, a un mismo tiempo, a la sociedad. Individuos libres, autónomos, enraizados en su propio ser, celosos de su identidad y, al mismo tiempo, sociedades creativas, capaces de generar los mecanismos civiles de su propia gobernación, capaces de cohesionar a individuos autónomos, servidoras, que nunca manipuladoras de esos mismos individuos...

La persona y la sociedad están indisolublemente unidos como lo están el cuerpo y el alma, la pared y los cimientos o el tronco y las raíces. Quizá fuera tarea inútil entrar en la discusión de qué es más importante, si el uno o la otra. A pesar de que es éste un tema que ha ocupado durante siglos a los más sesudos filósofos. *M. Buber*, después de rastrear en la historia de esa dialéctica, llegaba a la conclusión de que no es posible la elección: *Había que asumir dialécticamente individuo y sociedad porque son inseparables*.

Y antes que *M. Buber*, *Mounier* elaboró una concepción de la persona cuya nota fundamental es la "relacionabilidad" radical. Ser persona significa, para él, relación y compromiso: "Es necesario recordar aún que la persona no está aislada. El esfuerzo hacia la verdad y la justicia es un esfuerzo colectivo. Esta relacionabilidad se debe caracterizar por un compromiso radical cuyo límite no está situado en el temor purista a ensuciarse las manos, sino, únicamente, en la fidelidad a los valores a los que la persona sirve (...) Por lo mismo rehusar el compromiso es rehusar la condición humana"<sup>9</sup>.

<sup>9</sup> Conf. Mounier, E., *El personalismo*. Ed. Eudeba, Buenos Aires, 1974, pp. 49-53.

Así lo entendemos nosotros y así lo queremos subrayar. El hombre es un ser social por naturaleza como afirmó ya el maestro *Aristóteles*. Por eso, *tal sociabilidad* no es algo, ni siquiera, que podamos elegir; es un modo de existir enraizado en lo más profundo de nuestro ser; *es un verdadero existencial de la vida humana*. De acuerdo con *Marx* hasta podríamos afirmar que caemos en la más vacía de las abstracciones cuando pensamos el individuo fuera del contexto de sus múltiples interconexiones sociales.

Pero estamos pensando en individuos autónomos, libres, responsables, conscientes de sus posibilidades, orgullosos de su originalidad, capaces de asumir críticamente su propio pasado y de diseñar las líneas maestras de su propio futuro.

Y estamos pensando, también, en formas sociales que no buscan la depredación del individuo como condición de su propia existencia, sino que lo reconocen como valor absoluto a cuyo servicio todo debe estar ordenado; en estructuras que no persiguen la alienación del hombre, como condición de su propio poder, sino hacerle responsable de todas sus posibilidades; sociedades que no se nutren del infantilismo permanente de sus miembros, sino que buscan hacerles conscientes de toda su compleja realidad para que la asuman lúcidamente o traten de modificarla; espacios de convivencia, en definitiva, donde al individuo le sea posible prepararse para la generosidad y el servicio.

*No es amenazante para la sociedad la reivindicación del individuo y de su vida personal. Porque el individuo maduro sabe que su propia identidad y su calidad humana crece en la misma medida que su capacidad de servicio; que su verdad como hombre se verifica no desde la posesión de muchas cosas o desde el dominio de las conciencias ajenas, sino desde la compartición y la solidaridad; sabe que su propio respirar es "correspirar"; la vivencia de su mismidad, "convivencia"; su misma existencia, "coexistencia"; su humanidad, "cohumanidad".*